

## 30 DE MARZO.

Celda de San Luis Gonzaga. Adioses á San Pedro y á San Pablo.—Retratos de los dos Apóstoles.—Adios final.

Comenzaba á aparecer el día cuando llegábamos al piso superior del Colegio Romano. El P. F. . . . que nos dirigía por los inmensos corredores del vasto establecimiento, se detuvo delante de una pequeña puerta de abeto, diciéndonos: Allí está. Estábamos en el umbral del cuarto de San Luis Gonzaga. La humilde celda que aquel ángel de la tierra ha hecho tan venerable por su preciosa muerte, puede tener diez piés de longitud y ocho de latitud. Guarda la misma disposición, aunque está trasformada en capilla. Encima del altar brilla el verdadero retrato del amable Santo, y debo decir que no se parece á los que vemos entre los comerciantes de estampas. El Santo tiene la cara larga, la tez pálida, la nariz aguileña, los pómulos salientes y más bien huecos que llenos. Una cierta mezcla de fuerza y de dulzura extendida en toda la fisonomía, armoniza todas las facciones y da á la cara un carácter de madurez que justifica la historia del joven héroe cristiano y aquellas palabras de la Escritura consagradas en su elogio: "Muerto en la flor de la edad, había vivido los años del anciano; *Consumatus in brevi, explevit tempora multa.*

¿Podría dejar á Roma el viajero católico sin visitar semejante santuario? Luis Gonzaga, la flor de la Compañía de Jesús, es á la vez uno de los santos más populares de la Ciudad Eterna y el protector de la juventud cristiana; con este doble título

*Illam catenam, ego illam proferrem: si quis me apud superos collocaret cum angelis aut cum Paulo vincito, eligerem carcerem . . . et jure quidem; nihil enim est illa catena beatius. In epist. ad Ephes., C. IV, homil. VIII, p. 61—68, edit. novis.*

lo merecía nuestros adioses y nuestras oraciones. Ofrecí el augusto sacrificio en su altar y pronunciamos ardientes votos, que se elevaron hasta el cielo, por las generaciones que nos siguen, llevando en sus mantos sin experiencia la felicidad y la desgracia del porvenir.

Del Colegio Romano nos dirigimos al Vaticano. San Pedro y San Pablo, reyes de la ciudad de las siete colinas conquistada por su sangre, gobernada por su poder, arruinada por su espíritu, dirigida por su asistencia, ennoblecida por sus templos, santificada por sus cadenas, protegida por sus cuerpos sagrados, habían recibido nuestra primera visita y debían recibir también la última. En ellos se resúmen, aunque de diversa manera, Roma pagana, Roma cristiana, Roma subterránea. Que el recuerdo de los vencedores de Nerón, de los fundadores de la Iglesia, de los jefes de los mártires quede completo en su memoria y el viajero lleva con él la triple Roma toda entera. Prosternados ante la inmortal *Confesion*, ofrecimos á los dos Apóstoles nuestros últimos votos, los votos de nuestros amigos. Luego, como el niño que saluda á su Padre muy amado á quien va á dejar para siempre, saludamos á aquellos padres de la gran familia católica tomando las palabras de un santo, digno intérprete de la admiración, del respeto filial y del reconocimiento de los siglos.

¡Adios puertas del cielo, doble antorcha de aquel vasto universo! ¡Pablo, cuya voz resonó como el trueno, Pedro cuya mano lanza el rayo del seno de las nubes! Adios Pablo quien por la doctrina, y Pedro, quien por la dignidad brilláis, sobre todos los jefes coronados del inmortal Senado! ¡Adios Pablo, que abris los corazones, y vos Pedro que abris el cielo! ¡Adios Pablo, que enseñáis el camino y vos Pedro que teneis las llaves de la Jerusalem eterna!

¡Adios vos, fundamento inmóvil, y vos, arquitecto del templo en donde Dios encuentra un altar digno de él!

¡Adios, ciudadelas de la fe, torres intomables que Roma, señora del mundo, opone á todos los asaltos de sus enemigos!

¡Adios, brillantes luces del cuerpo de Jesucristo, cuyo brillo dirige las operaciones de todos los miembros, adios. 1

Con el fin de hacernos más presente y más vivo el recuerdo de los dos apóstoles, quisimos poseer sus retratos. Hélos aquí tales como los hemos recibido de la tradición primitiva. 2 San Pedro era de un

1 Venant. Fortunat., lib. III Carm.

2 Es fácil comprender que los primeros cristianos hayan querido conservar las facciones de sus padres en la fe. La historia nos enseña que ellos han realizado esta voluntad de mil maneras. Entre todos los padres cuyos testimonios sería fácil multiplicar, baste citar al gran historiador de la iglesia primitiva, á Eusebio, cuyas palabras son éstas: "Sed, quandoquidem hujus urbis (Panaedes seu Caesarae Ppilippi, mentionem fecimus, non incongruum fuerit rem quamdam memoria in primis dignam posteris tradere. Ethnici mulierem illam sanguinis profluvio laborantem quam ex sacris Evangelis discimus á Servatore nostro curatam fuisse ex hac civitate originem traxisse ferunt, domunque ejus ibidem conspici, et collati in eam a Servatore nostro beneficii illustria exstare monumenta. Quippe juxta januam domus illius aenea mulieri effigies stare dicitur, columnae lapidae imposita genibus flexis protensisque manibus instat supplicantis. Ex converso autem effigies viri ex eodem metallo conflata stantis ac diploide decenter induti, manumque muliere porrigitis. Ad cujus pedes in ipsa basi ignota quaedam nasci dicitur planta, quae, ad fimbriam usque aeneae diploidis assurgens, des pellendis omnis generis morbis praesentissimum est. Hanc statuam Jesu Christi speciem referre asibant. Mansit porro ad nostra usque tempora, nosque adeo urbem illam ingressi ipsam conspeximus. Nec vero mirandum est gentiles á Servatore nostro beneficii affectus haec praestitisse cum et apostolorum Petri ad Pauli Christique ipsius pictas imines ad nostram usque memoriam servatas in tabulis viderimus. Quippo prisca illi absque ullo discrimine euncto de sebene meritis gentili quadam consuetudine tant quan servatores colere hujusmodi honoribus consueverunt *His.*, lib. VII, c. 18, edit. Vales.—El pincel de San Lucas reprodujo muchas veces el retrato de la Santísima Virgen y las diferentes artes multiplicaron las figuras de

cuerpo mediano, recto y airoso; tenía la tez pálida y blanca, los ojos negros y salientes, pero habitualmente rojos á causa de las abundantes lágrimas que derramaban; las cejas levantadas y escasas, la nariz larga, recta y más bien arremangada que aguileña. Su vestido se componía de una túnica y de un manto, y cuando no caminaba descalzo, unas sandalias formaban su calzado 1.

San Pablo era pequeño, delgado, un poco encorvado, y tenía la cabeza de mediano volúmen, el rostro pálido, anunciando una vejez precoz; los ojos llenos de gracia; las cejas caídas, la nariz larga y aguileña, la barba, espesa larga y gris como los cabellos, y la cabeza un poco calva 2.

San Pedro y de San Pablo. Se encuentra á los dos apóstoles en los vidrios de las catacumbas, en las tablas de mármol que cierran los *loculi* de los mártires, en los dípticos y en otra multitud de objetos cuyo origen toca la cuna del cristianismo. Al lado de la iconografía marcha la tradición, esa otra pintura que da la vida y el color á las figuras, que describe la persona, su rostro su vestido, su cuerpo, etc. Una y otra se reúnen para darnos el retrato de los apóstoles.

1 Petrus haud crassa corporis statura fuit, sed quae aliquanto esset erectior, facie subpallida et alva admodum, capilli capitis et barbae crispi et densi, sed non admodum prominentes fuere: oculi quasi sanguini respersinigri, supercilia prope evulsa; nasus autem longior ille quidem non tamen in acumen desinens, sed presus potius et simus. Nicephe, lib. III, c. 37.—Hé aquí un segundo retrato conforme con el primero: "Erat autem facie albus pallidus recalvaster, crinibus denei crispus, oculis prominentibus, sanguinis, nigris, capite barbaque canus, nasum habebat longiorem supercilia summe retracta, statura mecri crectiorique praeditus, habituque corporis prove coactus. *Meno graeca ad diem XXIX junii.*—Véase también á Eogginio, *Exercit.* XX p. 254. Baoron., *Annal.*, t. I an 69 n. 31, etc.

2 Quando enim me Galilaeus ille convenit recalvaster, naso aquilo, qui tertium usque ad coelum per aerem ingressus est, quaeque optima et pulcherrima sunt inde didicit (Lucian in *Philop.*)—Qui tricubitalis est, et coelum attingit (Chrysost., *Homil. princip. Apost.*) Paulus autem erat parvo et contracto atque incurvo et paululum inflexo corpore, facie candida, annosque plures prae se ferente, et capite modico;

Estos dos retratos que pueden llamarse originales, difieren en un punto de las copias tan frecuentemente reproducidas por los pintores y por los escultores. Se nos representa á San Pedro con la cabeza calva y á San Pablo con cabellos espesos; lo contrario es la realidad. ¿De dónde viene este error? Fogginio lo atribuye á la obra apócrifa que apareció en el siglo quinto y en la cual San Pedro está representado con la frente calva, y esto en oposicion con los monumentos y los autores más antiguos 1.

A esta preciosa observacion para la iconografía es necesario añadir otra de gran importancia para la teología católica. Cuando los dos Apóstoles están representados juntos, San Pedro ocupa siempre la derecha. Salvas algunas raras excepciones debidas á la ignorancia del pintor ó del escultor, esta regla se sigue observando constantemente en todos los monumentos primitivos de vidrio, de mármol, de tierra cocida, de bronce ó de marfil. La significacion de semejante uso no es dudosa. Dios ha querido que hasta en los pormenores más pequeños, la fiel tradicion rindiese testimonio á la supremacia de Pedro no solo sobre los Apóstoles en general, sino tambien sobre su más ilustre co-

oculis multa inerat gratia, supercilia deorsum versus vergebant nasus inflexus idemque longior; barba densior et satis promissa, eaque non minus quam capitis coma canis respersa erat.—Niceph. lib. II, c. 37. Bar Ann. 69 n. 14.

1 Al describir un vidrio de las catacumbas, el sabio arqueólogo se expresa así: "Illud quod que animadvertent dum maxime est, fronte calva esse Paulum, qualem profecto antiquissimus auctor Philopatridos eum describit; capillis autem undique fluentibus, brevibus licet, et circum attonsis divum Petrum ut quidem fere omnes, praesertim vero antiquiores eum referunt imagines cum quibus. Nicephorus concinit, etsi Hieronimi aetate (Hieron., in ep. ad Gal., I 8.) in apocrypho de Petri itineribus libro et Petrus calvus fuisse diceretur; unde exortum esse puto quod et calvus aliquando, repraesentatus sit, ut inferius etiam dicendum est." *Étécrit. XX, 462.*

lega. Así se encuentra confirmada por todos los géneros de pruebas una verdad fundamento de la gerarquía católica y que por esta razon ha sido y será en todos tiempos el objeto de los ataques más vivos de los sectarios y de los impíos 1.

Fué necesario por fin arrancarnos de la basilica. ¡Adios, pues, templo augusto que has visto tantas veces prosternados en tus atrios á los emperadores, á los reyes, á los príncipes, á los pontífices, á todas las glorias del Oriente y del Occidente! ¡Adios, colina Vaticana, antigua morada de un oráculo mentiroso y hoy morada venerable del oráculo vivo de la verdad misma! ¡Adios, obelisco de Neron inmortal monumento de la victoria alcanzada por el Evangelio sobre la crueldad omnipotente de los Césares! ¡Adios, inmensa plaza, brillante reunion de las artes, tierra santa empapada hasta en tus entrañas con la sangre preciosa de los mártires! 2 ¡Adios, Roma, ciudad sin igual, teatro de todos los grandes acontecimientos, misteriosa soldadura de los dos mundos, 3 reina de la fuerza y reina del mar, reina de las artes y reina de la fe, madre

1 Boldelti, Osservaz, etc. lib. I, c. XXXIX, p. 191; Fabretti, *inscript. antiq.*, c. VIII, p. 594; Mamachi, *Origin. et antiq. christ.*, t. V. lib. IV, c. II, p. 475.

2 De allí viene la veneracion profunda que Roma ha tenido siempre por esa plaza. Un día el Papa San Pio V se paseaba en ella, cuando el embajador de Polonia le pidió algunas reliquias para llevar á su patria. Por toda respuesta, el Papa se inclinó, tomó un puño de aquella tierra, la puso en su pañuelo, y dándosela al embajador, le dijo: "Llevar esta tierra á Polonia, esta es una preciosa reliquia; no hay una parte de esta plaza que no haya sido mojada con sangre de mártires: Nullam esse ibi vel minimam solipartem, quae sacro martyrum sanguine non esset imbuta et consecrata." Al volver el embajador á su casa, abre el pañuelo y encuentra, con grande admiracion suya, que aquella tierra se habia cambiado en una masa de sangre. *Vita di S. Pio da Gabuzio etc.*; Constanzi, t. II, p. 80.

3 Terrarum Dea gentiumque Roma, cui par est nihil et nihil secundum. *Mart., Epigram.*

cas habitaciones, y llegamos á Terni, pequeña y encantadora ciudad. La antigua *Interamma* fué la cuna de Tácito el historiador y del emperador del mismo nombre. Estos son, con inscripciones numerosas y las ruinas de un teatro, sus títulos de gloria humana. En 1797, corrió la sangre francesa bajo sus murallas, mezclada á la de los Napolitanos, entre quienes hizo el general Lemoine una gran matanza. Además de los recuerdos cristianos despierta Terni otros recuerdos. La jóven virgen Agapia, los santos obispos Próculo y Valentino, y sus discípulos Efebo y Apolonio, alcanzaron aquí la palma gloriosa del martirio, y libraron para siempre á sus conciudadanos del yugo de la idolatría. La hora y la rapidez de nuestro paso por allí, no nos permitieron vender sus reliquias, ni visitar la famosa cascada *delle Marmore*, á dos leguas de la ciudad. Esta catarata, una de las más bellas del mundo y hecha de mano del hombre, está formada por el Velino que se precipita á treinta y dos pies de altura en el Nera.

Al salir de Terni, se entra en las gargantas de la Somma, cadena árdua que presenta las bellezas grandiosas de la naturaleza. Arrastrados por ocho bueyes grises de largos cuernos, pasamos lentamente aquella espantosa garganta, que desemboca por fin en el hermoso valle de Spoleto. ¡Oh vicisitudes de las cosas humanas! Aquellos apacibles cuadrúpedos que de concierto con los cansados caballos de la diligencia, arrastraban á oscuros viajeros, eran descendientes de las grandes víctimas honradas con el privilegio de conducir á los templos de los dioses á los triunfadores romanos. El Clitumno, gracioso riachuelo en cuyas orillas pacían sus abuelos, riega todavía las deliciosas praderas de Spoleto; las pasturas son las mismas, el color, la forma, la raza de los ani-

males que con ellas se alimentan, son siempre lo que fueron, solo su destino ha cambiado.

Hinc albi, Clitumne, greges et maxima taurus  
Victima, saepe tuo perfusi flumine sacro,  
Romamos ad templa deum duxere triumphos.

"Las ovejas blancas y el toro, que fué la suprema víctima, que se extendian muchas veces en tu sagrado rio. ¡Oh Clitumno! sirvieron para celebrar los triunfos de los Romanos en los templos de los Dioses."

Una suave pendiente, plantada de pequeños árboles verdes, nos condujo á aquel famoso acueducto, uno de los más altos de la Europa, sobre el cual pasa un puente muy estrecho. ¿Es acaso una mano romana ó una mano lombarda, la que arrojó aquel monumento á la profundidad del valle? La ciencia vacila en responder. Como quiera que sea, el acueducto desemboca en Monte-Luco, graciosa montaña habitada por religiosos y coronada por una torre y un monasterio del siglo décimo. Spoleto, ámpliamente asentada en un terreno desigual, cuenta cerca de siete mil almas de poblacion, algunos palacios notables y muchas iglesias dignas de toda la atencion del viajero cristiano. El arco de triunfo, llamado Puerta de Aníbal, recuerda á las generaciones un hecho que hizo á Spoleto célebre en la historia y querida de los Romanos. Aníbal, estimulado por la reciente victoria de Trasimeno, vino á poner sitio á esta ciudad. Los habitantes se defendieron con vigor y obligaron al general cartaginés á alejarse despues de haber sufrido la primera derrota que hubo recibido de la Italia. Otros monumentos perpetúan el recuerdo de un triunfo más glorioso. El templo de la Concordia en la iglesia del Crucifijo, las ruinas del templo de Júpiter en el convento de San Andrés, las del templo de Marte en la iglesia de San Julian atesti-

guan la gran victoria alcanzada aquí, como en otras partes, por el cristianismo naciente. 1 Pero esta victoria ha costado sangre muy noble, y ¿cómo pasar de Spoleto sin rendirle homenaje?

El año 175, toda la ciudad estaba en movimiento; un mártir era conducido al pretorio, para serlo luego al suplicio. El juez espera sentado en su tribunal, rodeado por los lictores. El acusado se llama Póncio y el juez Fabian. El interrogatorio es corto y brutal: «¿Eres cristiano?—Sí.—Sacrifica.—No.—Que le azoten con varas.» El cuerpo del mártir quedó convertido en una llaga.—¿Dejarás de atacar á los dioses del imperio?—No.—Que le hagan andar descalzo sobre carbones encendidos. Y el Santo anda sobre ellos sin sufrir, como si anduviera sobre un verde césped.—Respetar la religion de los antepasados.—Es una fábula vergonzosa.—Que se le extiende sobre el caballete. Y el mártir es extendido con cuerdas pasadas por poleas y apretadas con una doble vuelta.—Sacrifica.—No sacrificaré. Y le desgarran las costillas con uñas de fierro y no muere. El juez, viéndose vencido, oculta su vergüenza mandando al héroe al fondo de un calabozo oscuro en donde los ángeles, brillantes de luz, van á consolarle.

El día ha reaparecido; Fabian quiere que el sol, testigo de su derrota de ayer, ilumine su triunfo de hoy. Sube á su tribunal, más amenazador que la víspera; el pueblo es más numeroso, más ávido del drama sangriento. Hé aquí la víctima.—Sacrifica.—No.—Que se le esponga á los leones; y se dejan oír largos rugidos con los cuales los reyes de los animales saludan al vencedor de los demonios y de los Césares. El juez vuelve á asir su víctima y la inunda con plomo derretido. ¡Vanos

1 Véase á Ughelli, *de Orig. christ. Relig. Spoleti*, t. 1, p. 1,250; y á Ferdin. Campello, *delle Storie sacre di Spoleti*, lib. IV, p. 103.

suplicios! Entónces la espada del confector consume el holocausto. El mártir muere, pero ha vencido. Júpiter, tus templos están quebrantados; juez, tu poder ha caído en desprecio; lictores, vuestros haces se han roto; confectores, vuestra hacha y vuestra espada se han mellado; algunos golpes más, y quedarán inservibles, se escapan de vuestras manos, y los hijos y las hijas de las víctimas las recogerán como instrumentos preciosos. Mucho tiempo despues de que no existais ya, las enseñarán á los viajeros como un doble monumento de vuestra impotente crueldad y del valor victorioso de sus nobles antepasados. 1

En medio de suplicios no ménos atroces, murieron para cimentar el cristianismo en Spoleto, el sacerdote Concordio, los obispos Félix y Sabino, los simples fieles Exuferancio, Marcelo, Venústio, su mujer y sus hijos. Del fondo de los altares brillantes de oro y de mármol, en donde les honra una piedad quince veces secular, los mártires continúan velando sobre la ciudad que han conquistado. Los turistas pasan como admiradores de la puerta de Anibal, pero ignoran ó desdeñan aquellos monumentos augustos que recuerdan hechos muy más célebres que la derrota del general cartaginés. Así se viaja cuando no se tiene más que un ojo.

Más allá de Spoleto, ved las *Vene*, que nos ofrecen el templo consagrado en otro tiempo al rio Clitumno y hoy cambiado en oratorio, sin perder su nombre primitivo. En fin, llegamos á Foligno. El *Fulgium* de los Romanos es hoy una pequeña ciudad coqueta, sentada graciosamente en el

1 Bar. An. 175, n. VII, in *Annot. ad Martyr.*, 19 de Enero.—En el anfiteatro fué donde el pueblo ébrio con la sangre de los gladiadores, pidió á los cristianos para víctimas; sus deseos fueron órdenes. Este fué el principio de la persecucion de Spoleto. Véase á Bosio, *Rom. subter.*, t. 1, p. 125.

y señora de todas las Iglesias, que desde lo alto de vuestras reales colinas iluminais los cuatro confines del mundo y manteneis el orden y la vida en el mundo de las inteligencias, á la manera con que el sol desde el cielo ilumina toda la naturaleza y mantiene la armonía entre los astros del firmamento!

Alaben otros vuestro antiguo origen, el poder de vuestros ejércitos, la magnificencia de vuestros edificios, la multitud de vuestras riquezas, la belleza de vuestras obras maestras, la majestad de vuestras ruinas; en cuanto á mí, os alabo, porque sois la columna de la verdad, el baluarte de la fe, la bienhechora de los pueblos, fuente de su civilizacion, la salvacion de sus libertades, la brújula de la humanidad, el depósito de todos sus títulos de nobleza, el asilo de todos los infortunios, la guardiana respetuosa de todas las ruinas vivientes ó muertas, la patria de todo aquel que cree, de todo aquel que ama, la tumba misteriosa de tres millones de mártires, el relicario brillante en donde descansan las dos glorias más grandes del mundo, Pedro y Pablo. Dichosa con poseerlas y más dichosa aún con devolverlas algun día al cielo, á la vista de los ángeles y de los hombres, ¡qué espectáculo presentareis en aquel gran día, e último del tiempo y el primero de la eternidad!

Del seno de vuestras catacumbas, inmenso sepulcro que protege vuestro amor maternal, del seno de esta caja gloriosa que abrigan las bóvedas doradas del primer templo del universo, se verán salir resplandecientes de luz Pedro y Pablo seguidos de un pueblo de héroes, y todos juntos, con las manos adornadas con las palmas de la victoria se dirigirán al encuentro del soberano Juez. ¡Qué rosa, qué corona enviareis al Cristo vencedor! Más bella entónces mil veces, que en los días de vuestros triunfos, la tierra y los cielos

unirán sus voces para proclamaros toda vía la reina de las ciudades. Hé ahí por que os alabo. 1 Y como sois mi madre, la madre de mis abuelos, de mis hermanos y de mis hermanas en la fe, por remoto que esté el siglo y por lejano que sea el clima en que hayan vivido, yo os amo, os bendigo, siento dejaros; como prenda eterna de mi reconocimiento, de mi respeto y de mi piedad filial, recibid este último adios.

### 29 DE MARZO.

Salida de Roma.—Civitá Castellana.—Recuerdo de Macdonald.—Otricoli.—Narni.—Catedral.—Sepulcro de San Cásio.—Recuerdo del emperador Nerva.—Terni.—Recuerdo de Tácito.—Combate del general Lemoine.—Mártires.—Cascada *delle Marmore*.—La Somma.—Spoleto.—Recuerdos paganos y cristianos.—Foligno.—Casa Pia.—Catedral.—El Santo mártir Feliciano.

Acompañados de algunos amigos bajamos á la plaza de Monte Gitorio en donde nos esperaba el coche. Todo el mundo estaba triste y silencioso porque en todo país nada se parece tanto á un entierro

1 Ego Roman propterea diligo..... Ob id illam beatam praedico quod erga illos Paulus dum viveret adeo fuit benevolus, adeo illos amavit, coram disseruit, et postremo vitam apud eos finivit. Unde et civitas ista hinc facta est insignis plusquam á reliquis omnibus, et quemadmodum corpus magnum ac validum duos habet oculos illustres, sanctorum videlicet illorum corpora. Non ita coelum splendet quando radios suos sol ex sese dimit quemadmodum Romanorum urbs duas illas lampedes ubique terrarum effundens. Hinc rapietur Paulus, hinc Petrus: considerate et horrete, quale spectaculum visurra sit Roma, Paulum videlicet repente ex theca illa cum Petro resurgentem in occursum Domini sursum ferri. Qualem rosam Christo mittet Roma! qualibus coronis duabus ornatur urbis ista! qualibus catenis aureis cineta est! quales habet fontes! Propterea celebros hanc urbem, non propter copiam auri, non propter columnas, neque propter aliam phantasiám, sed propter columnas illas Ecclesiae.—D. Chrys., *In epist. ad Rom.* Homil. 32.